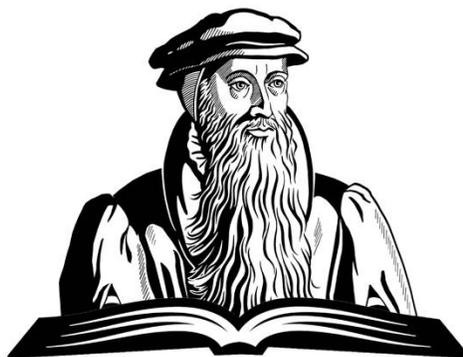


MÓDULO DE VIDEOCONFERENCIA:  
EL CATECISMO MENOR  
DE WESTMINSTER

Ponente: Jonathan Mattull

LECCIÓN 13:  
LA PECAMINOSIDAD Y MISERIA  
DEL ESTADO DEL HOMBRE CAÍDO  
Pregunta 18 y 19



**The John Knox Institute**  
of Higher Education

*Confiando nuestra herencia reformada a la iglesia en todo el mundo*

Instituto John Knox de Educación Superior  
*Confiando nuestra Herencia Reformada a la Iglesia en Todo el Mundo*

© 2019 por John Knox Institute of Higher Education

Todos los derechos reservados. No se reproducirá ninguna parte de esta publicación de ninguna forma ni por ningún medio con fines de lucro, a excepción de citas breves con fines de revisión, comentario o beca, sin el permiso por escrito del editor, Instituto John Knox, John Knox Institute, P.O. Box 19398, Kalamazoo, MI 49019-19398, USA

A menos que se indique lo contrario, todas las citas son de la versión Reina Valera Revisión de 1960

Visita nuestra página web: [www.johnknoxinstitute.org](http://www.johnknoxinstitute.org)

El reverendo Jonathan Mattull es ministro del evangelio en la Iglesia Presbiteriana Sovereign Grace, en St. Louis, Missouri, una congregación de la Iglesia Libre de Escocia (Continuada), Presbiterio de los Estados Unidos de América.

stlpresbyterian.org

# EL CATECISMO MENOR

Rev. Jonathan Mattull

1. El fin principal del hombre - Pregunta 1
2. La Palabra de Dios y su enseñanza - Preguntas 2 y 3
3. Lo que es Dios - Pregunta 4
4. Un solo Dios en tres personas - Preguntas 5 y 6
5. Los decretos de Dios - Preguntas 7 y 8
6. La obra de creación de Dios - Pregunta 9
7. La creación del hombre por Dios - Pregunta 10
8. Las obras de la providencia de Dios - Pregunta 11
9. La providencia especial de Dios hacia el hombre - Pregunta 12
10. La caída del hombre - Preguntas 13 y 15
11. Qué es el pecado - Pregunta 14
12. Los efectos de la caída en toda la humanidad - Preguntas 16 y 17
- 13. La pecaminosidad y miseria del estado del hombre caído - Preguntas 18 y 19**
14. El pacto de gracia - Pregunta 20
15. Jesucristo, el Redentor de los elegidos de Dios - Pregunta 21
16. La encarnación - Pregunta 22
17. El oficio profético de Cristo - Preguntas 23 y 24
18. El oficio sacerdotal de Cristo - Pregunta 25
19. El oficio real de Cristo - Pregunta 26
20. La humillación de Cristo - Pregunta 27
21. La exaltación de Cristo - Pregunta 28
22. La aplicación de la redención - Preguntas 29 y 30
23. El llamado efectivo - Preguntas 31 y 32
24. La justificación - Pregunta 33
25. La adopción - Pregunta 34
26. La santificación - Pregunta 35
27. Bendiciones de la salvación en esta vida - Pregunta 36
28. Bendiciones de la salvación en la muerte - Pregunta 37
29. Bendiciones de la salvación en la resurrección - Pregunta 38
30. El deber requerido del hombre - Preguntas 39 a 42
31. Los Diez Mandamientos: Un prefacio de gracia - Preguntas 43 y 44
32. Los Diez Mandamientos: Amor a Dios - Preguntas 45–48
33. Los Diez Mandamientos: Amor al culto de Dios - Preguntas 49–52
34. Los Diez Mandamientos: Amor al nombre de Dios - Preguntas 53–56
35. Los Diez Mandamientos: Un día para el amor sagrado - Preguntas 57–59
36. Los Diez Mandamientos: Amor al día de Dios - Preguntas 60–62
37. Los Diez Mandamientos: Amor dentro de nuestras relaciones - Preguntas 63–66
38. Los Diez Mandamientos: Amor a la vida - Preguntas 67–69

39. Los Diez Mandamientos: Amor a la pureza - Preguntas 70–72
40. Los Diez Mandamientos: Amor a la porción del Señor - Preguntas 73–75
41. Los Diez Mandamientos: Amor a la verdad - Preguntas 76 a 78
42. Los Diez Mandamientos: Amor desde adentro - Preguntas 79 a 81
43. Comprendiendo nuestro pecado - Preguntas 82 a 84
44. Escapando de la ira y maldición de Dios: Fe salvadora - Preguntas 85 y 86
45. Escapando de la ira y maldición de Dios: Arrepentimiento para la vida - Pregunta 87
46. Escapando de la ira y maldición de Dios: Medios de gracia - Pregunta 88
47. Medios de gracia: La Palabra de Dios - Preguntas 89 y 90
48. Medios de gracia: Los sacramentos - Preguntas 91 a 93
49. Medios de gracia: El bautismo cristiano - Preguntas 94 y 95
50. Medios de gracia: La Cena del Señor - Pregunta 96
51. Medios de gracia: Recibiendo la Cena del Señor - Pregunta 97
52. Medios de gracia: La oración - Preguntas 98 y 99
53. La Oración del Señor: El prefacio - Pregunta 100
54. La Oración del Señor: La primera petición - Pregunta 101
55. La Oración del Señor: La segunda petición - Pregunta 102
56. La Oración del Señor: La tercera petición - Pregunta 103
57. La Oración del Señor: La cuarta petición - Pregunta 104
58. La Oración del Señor: La quinta petición - Pregunta 105
59. La Oración del Señor: La sexta petición - Pregunta 106
60. La Oración del Señor: La conclusión - Pregunta 107

# 13 LECCIÓN

## LA PECAMINOSIDAD Y MISERIA DEL ESTADO DEL HOMBRE CAÍDO

**P. 18.** *¿En qué consiste la pecaminosidad de aquel estado en que el hombre cayó?*

**R.** La pecaminosidad de aquel estado en que el hombre cayó consiste en la culpa del primer pecado de Adán, la falta de justicia original, y la corrupción de toda su naturaleza, lo cual comúnmente es llamado pecado original; junto con todas las transgresiones actuales que proceden de ello.

**P. 19.** *¿Cuál es la miseria de aquel estado en que cayó el hombre?*

**R.** Toda la humanidad por su caída perdió la comunión con Dios, yace bajo su ira y maldición y, por lo tanto, está sujeta a todas las miserias de esta vida, a la muerte misma, y a los dolores del infierno para siempre.

¿Cuál es el fin principal del hombre? Esta conocida pregunta es la primera pregunta del Catecismo Menor de Westminster. Con esta pregunta, se nos invita a examinar cuál es nuestro propósito primordial como seres creados por Dios. La respuesta dada, «glorificar a Dios y gozar de él para siempre», es fácil de aprender y, no obstante, contiene una profundidad insondable. Esta pregunta y respuesta son las primeras de las 107 preguntas y respuestas que se encuentran en el Catecismo Menor de Westminster. Este fue redactado por primera vez en 1647 por la Asamblea de Westminster en Londres, Inglaterra, y desde entonces ha sido un tesoro de instrucción centrada en la Biblia, enseñado y aprendido en iglesias y familias de todo el mundo. Aunque originalmente fue escrito para niños, contiene una rica enseñanza para todos, para personas de todas las edades e intelectos. Esperamos que aprendas mucho de estas lecciones sobre el Catecismo Menor de Westminster y que sean una bendición abundante para ti.

### TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 13:

Nuestras lecciones recientes han considerado varias verdades bíblicas que nos traen malas noticias. Hemos visto que Adán pecó como representante—como nuestro representante—y que este pecado nos ha llevado a un estado de pecado y de miseria. Es una realidad difícil, pero hoy vamos a observar más de cerca este estado tan lamentable. Al hacerlo, oramos para que el Señor nos muestre cuán grande es nuestra necesidad de ser liberados por un Salvador. La respuesta a la pregunta número 17 nos informó que nuestro estado caído es uno de pecado y de miseria. Las

dos preguntas que tenemos ante nosotros hoy, la pregunta 18 y la pregunta 19, nos ayudan a entender lo que la Biblia dice tanto sobre la pecaminosidad como sobre la miseria de ese estado.

La pregunta 18 dice: «¿En qué consiste la pecaminosidad de ese estado en el que cayó el hombre?». Respuesta: «La pecaminosidad de aquel estado en que cayó el hombre consiste en la culpa del primer pecado de Adán, la falta de justicia original, y la corrupción de toda su naturaleza, lo cual comúnmente es llamado Pecado Original; junto con todas las transgresiones actuales que proceden de ello». Bien, esto trata la primera parte de nuestro estado caído, su pecaminosidad.

La pregunta 19 trata con la segunda parte de este estado caído—su miseria. «¿Cuál es la miseria de aquel estado en que cayó el hombre?». La respuesta: «Toda la humanidad por su caída perdió la comunión con Dios, yace bajo su ira y maldición, y por lo tanto, está sujeta a todas las miserias en esta vida, a la muerte misma, y a los dolores del infierno para siempre».

Juntas, estas preguntas presentan un resumen de nuestro estado caído. Las palabras en la respuesta a la pregunta 18 nos resultan bastante familiares. Ya nos hemos encontrado con la mayoría de ellas, y las otras serán tratadas a medida que profundicemos en la lección. Vale la pena destacar algunas palabras en la pregunta y respuesta número 19 para mayor claridad.

La palabra «miseria» se refiere a una condición de dolor, angustia y sufrimiento.

La palabra «comunión» se refiere a compartir y disfrutar algo con otra persona. Aquí, se refiere a nuestra participación en la amistad con Dios.

Las palabras «ira» y «maldición» son palabras duras. Ira es enojo. Maldición es la declaración de un juicio.

Las expresiones «está sujeta» significan estar expuestos legalmente a las consecuencias. Trataremos esto con más detalle, y por supuesto, abordaremos el resto de las palabras en nuestra lección.

Como ya se puede notar, esta lección trata de una verdad muy triste y solemne—nuestro estado caído. Hay dos puntos para nuestra lección de hoy: primero, *la pecaminosidad de nuestro estado caído*, y segundo, *la miseria de nuestro estado caído*.

## 1. *La pecaminosidad de nuestro estado caído*

Primero, *la pecaminosidad de nuestro estado caído*. Hay cuatro partes de nuestra pecaminosidad que se pueden identificar en las preguntas que tenemos ante nosotros. La primera parte de nuestra pecaminosidad es *la culpa del primer pecado de Adán*. Cuando alguien ha cometido un pecado, es legalmente culpable. Vimos en una lección anterior que Adán fue nuestro representante mientras actuaba en el jardín. Por lo tanto, cuando él pecó, nosotros pecamos en él. Es decir, somos culpables con Adán. Su culpa se aplica a nosotros. Así que una parte de nuestra pecaminosidad es que somos culpables ante Dios por el primer pecado de Adán. Recordarán en la lección anterior que hablamos de la enseñanza bíblica de que Dios ha designado a Adán para ser nuestro representante. Y es una verdad triste, por supuesto, que al pecar, no solo él cayó, sino que nosotros caímos con él.

La segunda parte de nuestra pecaminosidad es *la falta de justicia original*. Esto es lo que el Catecismo quiere decir cuando habla de «la falta de justicia original». A veces usamos la palabra «falta» para hablar de lo que deseamos. Pero aquí, la palabra «falta» significa algo que no se tiene.

Esto significa entonces que comenzamos la vida en este mundo, no como aquellos que están en una posición de justicia, sino más bien, comenzamos la vida en este mundo como aquellos que están sin justicia. Antes de su pecado, Adán era una persona justa, sin embargo, pecó y perdió esa justicia. Una consecuencia de su pecado es que nosotros comenzamos la vida sin justicia.

Bueno, la tercera parte de nuestra pecaminosidad nos dice que las cosas son aún peor, porque la tercera parte de nuestra pecaminosidad es *la corrupción de toda nuestra naturaleza*. Esto significa que cuando comenzamos la vida en este mundo, lo hacemos ya comprometidos con el pecado. Esto es lo que David quiso decir cuando escribió en el Salmo 51, versículo 5: «He aquí, en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre». David no está diciendo que su madre cometió pecado al concebirlo, sino más bien, cuando él fue concebido, ya era pecador. Y esto se aplica a cada uno de nosotros. Nuestras naturalezas son pecaminosas. Es decir, estamos torcidos, y malvadamente comprometidos con el pecado. Si quieres una imagen de cuán torcida es la humanidad, cuán pecaminosa es, puedes ver una imagen de esto en Romanos 3, versículos 10 al 18. No comenzamos la vida amando la Palabra de Dios. Comenzamos oponiéndonos a ella. Y esto es lo que se entiende por *Pecado Original*. Nuestros corazones, nuestras mentes, nuestras voluntades, todo lo que somos ha sido corrompido. No comenzamos siendo justos o inocentes. No necesitamos aprender a pecar. Nuestros corazones ya están comprometidos con el pecado. En otras palabras, los pecados que cometemos se originan en nuestros corazones.

Y esto nos lleva a la última parte de nuestra pecaminosidad, *nuestras transgresiones actuales*. Tú y yo cometemos actos de pecado. Pensamos pensamientos corruptos, nos deleitamos en deseos pecaminosos, hacemos acciones malvadas. Estas son las cosas que hacemos. Esto es a lo que se refiere el Catecismo cuando menciona «todas las transgresiones actuales». Romanos 3:23 nos dice muy claramente: «Por cuanto todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios». El Catecismo nos recuerda que estos pecados actuales que cometemos provienen de nuestro interior. Esto es lo que Cristo dice en Mateo 15:19: «Porque del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios, las blasfemias». Todo tipo de pecado, todo tipo de mal, todo pecado, proviene de nuestro interior. Amigos, este es un triste testimonio contra nosotros. Sin embargo, nos miramos a nosotros mismos fuera de Cristo y fuera de su gracia, y cuando lo hacemos, encontramos a un pecador deplorable ante los ojos de Dios. Somos culpables y corruptos desde el mismo principio, y la longitud de nuestras vidas muestra este pecado. Oh, los horrores de este estado pecaminoso. Pero esta es solo una parte de nuestro estado caído: su pecaminosidad. Es digno de nuestra meditación ver cuán malvados somos fuera de la gracia de Dios en Cristo Jesús.

## 2. *La miseria de nuestro estado caído*

Bien, en segundo lugar, miremos ahora *la miseria de nuestro estado caído*. Recuerda que la palabra «miseria» se refiere a una condición de dolor, angustia y sufrimiento. Nuestra miseria se ve en tres cosas. Primero, en *nuestra comunión perdida*. Segundo, en *nuestra relación con Dios*. Y tercero, en *los juicios legales sobre nosotros*.

Primero, *nuestra comunión perdida*. Cuán felices deben haber sido Adán y Eva antes de la caída. Disfrutaban de la presencia y la comunión con Dios, y eso en un lugar que llamamos paraíso. El privilegio más grande y elevado para ellos fue, sin duda, esa comunión con su Creador, Dios

mismo. Podían disfrutar de muchas otras cosas, por supuesto, y lo hacían, pero disfrutar de la presencia y la comunión amorosa de Dios, quien es sumamente bueno, está por encima de todos los demás privilegios. Así que, tan pronto como Adán y Eva pecaron, perdieron esa comunión. Esto es a lo que se refiere el Catecismo cuando dice «perdieron la comunión con Dios». Y bien, nota que esto es cierto para toda la humanidad. Lo vemos en Adán y Eva escondiéndose del Señor cuando Dios se acercó a ellos. Lo vemos hoy en todos los pecados y miedos que amenazan a la humanidad. El mayor bien que uno puede disfrutar fue arrebatado del hombre debido a su pecado. Imagina, por ejemplo, un hombre rico, que tiene muchas casas, mucho dinero y muchas posesiones. Puede que por un tiempo sea tremendamente feliz y tenga la salud para disfrutar de todas esas cosas. Estos tesoros terrenales son bastante satisfactorios. Sin embargo, si le diagnostican una enfermedad muy dolorosa y finalmente mortal, piensa en qué habría cambiado entonces. Él todavía tendría acceso a todos los tesoros terrenales, pero aquello que le permitía disfrutarlos ahora ha sido quitado: su salud. El mayor privilegio que tenía era su salud en esta vida, y si eso le es quitado, todas las demás cosas son insignificantes. Bueno, de la misma manera, desde la caída, el hombre ha perdido su mayor privilegio, a saber, la comunión con Dios. El hombre aún puede tener acceso a muchas cosas en el mundo, pero el mayor bien se ha perdido. Y sin embargo, esta no es toda la miseria del hombre.

En segundo lugar, nuestra miseria se ve en *nuestra nueva relación con Dios* desde la caída. No es solo que perdimos la comunión con Dios. No entramos simplemente en algún tipo de estado neutral. En cambio, fuimos colocados en una posición y en una nueva relación de estar bajo su ira y maldición. Esto es lo que dice el Catecismo, resumiendo la Biblia. Nuestro pecado, por supuesto, exige algo. Dios es justo y santo. Él está en contra de todo pecado. Lo detesta. Y como Juez justo, debe, por su bondad, ejecutar justicia. Nuestro pecado, en otras palabras, demanda la ira de Dios. La ira de Dios se refiere a su enojo santo y justo contra todos aquellos que pecan. Desafortunadamente, tú y yo sabemos demasiado sobre el enojo injusto y el enojo mal dirigido. Sin embargo, Dios nunca ha estado enojado con alguien o algo de una manera equivocada. Nunca ha estado enojado con algo que no demandara que él se enojara. Y oh, piensa en quién es el que está enojado: es Dios, el Dios santo, puro y perfecto, cuya ira es santa, pura y perfecta, y es contra lo que es malvado, pecaminoso y miserable. ¿Quién puede soportar tal ira, tal enojo de un Dios santo y todopoderoso? La Biblia nos dice que incluso en el último día, habrá aquellos que clamarán a los montes, «Caed sobre nosotros y escondednos de la ira del Cordero». En su ira, Dios ha maldecido a los pecadores. Una maldición es un pronunciamiento de juicio. Es el testimonio de que el juicio será ejecutado contra nosotros. Vemos esto en la Biblia. Observa Gálatas 3, versículo 10, que es una cita de Deuteronomio 27, versículo 26: «Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas escritas en el libro de la ley, para hacerlas». La maldición, en otras palabras, es universal, es para todos los pecadores. No solo es para aquellos que consideramos como los peores pecadores, sino todos los que han pecado están bajo maldición, la ira de la maldición de Dios contra nosotros.

En tercer lugar, nuestra miseria se manifiesta en *los juicios legales que recaen sobre nosotros*. Somos culpables por el pecado de Adán. Aún peor, hemos añadido a ese pecado original nuestros propios pecados. Esto exige que el Señor actúe con justicia contra nosotros. De esta manera, somos responsables, o podríamos decir, estamos expuestos a tres juicios. Observa que el Catecismo dice que somos sujetos «a todas las miserias en esta vida, a la muerte misma, y a los dolores del infierno para siempre».

El primero de estos juicios es *la miseria que experimentamos en esta tierra*, mientras estamos vivos. Nuestras miserias terrenales incluyen todas esas experiencias dolorosas que sufrimos en esta vida. Estamos expuestos a estas miserias de manera justa, ya que hemos pecado contra Dios. Para ser claros, esto no significa que cada miseria, cada dolor, cada tristeza que experimentamos sea consecuencia directa de algo específico que hayamos hecho. Sin embargo, sí significa que todas las miserias que experimentamos son el resultado de estar en un estado de pecado y de miseria. Fue justo que Dios nos colocara en este estado, porque somos aquellos que han pecado contra Él. En otras palabras, antes de la caída, no había enfermedades ni dolencias, no había penas, abusos, deformidades ni problemas. Todo esto ha sucedido debido al primer pecado de Adán. Su pecado desató un mundo de quebrantamiento, y parte de nuestra miseria es que experimentamos estas cosas en esta vida.

La segunda de estas miserias es *nuestra muerte terrenal*. Dios fue muy claro cuando advirtió a Adán en Génesis 2:17: «El día que de él comieres, ciertamente morirás». El pecado de Adán garantizaba la muerte. No solo llevó a la muerte de Adán, sino también a todos sus descendientes. Además, nosotros hemos pecado, y la Palabra de Dios es muy clara en Romanos 6:23: «La paga del pecado es muerte». ¿Qué es la muerte? La muerte es la separación de nuestras almas de nuestros cuerpos. Cuando estamos vivos, el cuerpo está organizado y activo, todo funciona en armonía. En la muerte, eso se acaba. Además, nuestras almas van inmediatamente ante el Señor a ser juzgadas. Hebreos 9:27 nos dice: «Está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio». La muerte pone fin a esta vida tal como la conocemos. Nuestros cuerpos son enterrados y se convierten en polvo, y nuestras almas van ante Dios para su juicio.

Y esto, por supuesto, nos lleva a la tercera de estas miserias, *nuestra muerte eterna*. Quiero enfatizar que esto es lo que le espera a todos aquellos que mueren fuera de Cristo, y habrá más que decir sobre ese juicio de gracia que viene en Cristo. Pero esto es lo que corresponde a los pecadores, como pecadores, fuera de Cristo: la muerte eterna.

Nuestra muerte terrenal es un gran pesar. Termina nuestra experiencia en este mundo. Separa a los seres queridos. Sin embargo, esta muerte terrenal no es la parte final de nuestra miseria. Nuestro pecado exige que Dios ejecute su juicio. La Biblia nos dice que este juicio es un juicio eterno. Esto es lo que es el infierno. El Catecismo dice que por la caída somos sujetos «a los dolores del infierno para siempre». Esta es una declaración solemne.

Pero, ¿qué son los dolores del infierno? No tenemos capacidad para expresar plenamente estos dolores. La Biblia usa diferentes expresiones para ayudarnos a comprender algo de estas miserias. Y cuando las observamos, vemos que el infierno es un lugar de tormento consciente, espiritual y físico. Observa los siguientes dos pasajes: En Mateo 13:50 Jesús está hablando sobre los malvados al final del mundo, y dice que los ángeles «los arrojarán en el horno de fuego; allí será el lloro y el crujir de dientes». En Apocalipsis 14:10-11, Cristo predice las agonías de aquellos que sufrirán en el infierno. Leemos allí que «el que adora a la bestia y a su imagen... beberá del vino de la ira de Dios, que ha sido vaciado puro en el cáliz de su ira; y será atormentado con fuego y azufre delante de los santos ángeles y del Cordero; y el humo de su tormento sube por los siglos de los siglos. No tienen reposo ni de día ni de noche los que adoran a la bestia y a su imagen, ni nadie que reciba la marca de su nombre». En muchos otros lugares que describen los tormentos del infierno, todos nos dicen lo mismo. Aquellos que sufren en el infierno sufrirán conscientemente. Es decir, entenderán y conocerán su dolor inconmensurable. No hay manera de expresar este dolor experimentado por aquellos que sufren en el infierno. El infierno es un

lugar de oscuridad y fuego, y el dolor que se trae a la mente cuando consideramos estas cosas. No es solo un dolor físico, sino también el alma, es decir, la comprensión y la conciencia de uno, el hombre interior también será atormentado. Observa las palabras: «lloro y crujió de dientes». Estas palabras expresan una profunda angustia interior. Cuando lloramos y crujió los dientes, estamos gritando de agonía. En otras palabras, nuestra angustia interior es más de lo que podemos soportar. No podemos expresar con claridad esa angustia, porque nuestro dolor es abrumador. Y la Biblia nos dice que este infierno es eterno. Algunos desafían este punto, pero la Biblia es muy clara al respecto. Vemos esto en el pasaje anterior, Apocalipsis 14:11: «El humo de su tormento sube por los siglos de los siglos; y no tienen reposo ni de día ni de noche». La expresión «por los siglos de los siglos» es la misma que se usa en otros lugares para describir el gozo eterno que pertenece a aquellos a quienes Dios salva, y la miseria de aquellos que mueren en sus pecados es igualmente eterna. El dolor y la angustia son más de lo que podemos entender, y nunca se detendrán. Nunca disminuirán. Los dolores del infierno son inconmensurables en su intensidad y eternos en su duración.

Algunos preguntan: «¿Cómo puede ser justo castigar a los pecadores en un lugar de tormento para siempre?». Dos cosas nos ayudan a responder a esto. Primero, *cuán grande es Dios*; y segundo, *cuán perverso es el pecado*. Recuerda cuán glorioso, bueno y santo, y digno de alabanza y honor es Dios. Si recuerdas la cuarta pregunta de nuestro Catecismo, «¿Qué es Dios?», recordarás que Él es infinitamente, eternamente e inmutablemente sabio, poderoso, santo, justo, bueno y verdadero. En otras palabras, cuando pecamos, estamos pecando contra este Dios glorioso, este Dios que es digno únicamente de amor puro, gozoso y perfecto, y de servicio, obediencia y alabanza. En otras palabras, el infierno es justo, porque castiga a los malvados por pecar contra ese Dios eterno y glorioso, que es digno solamente de amor, adoración y alabanza. Dado que nuestro pecado es contra Él, quien es infinito, es justo que nuestro castigo sea eterno.

La segunda cosa que debemos recordar es cuán perverso es el pecado. La gente piensa poco en el pecado. Es tan común en el mundo de hoy que la gente lo considera insignificante, sin valor, sin sentido. Sin embargo, el pecado es un mal inconmensurable. Esta criatura que lo había recibido todo, que no debe a Dios más que alabanza, honor y amor, en cambio, se ha rebelado contra Él. José lo expresó bien cuando dijo: «¿Cómo haría yo este gran mal, y pecaría contra Dios?» (Génesis 39:9). El pecado no es cosa pequeña. Es alta traición contra el Dios excelso y sublime. Mientras los hombres tienen razón al ver que el infierno es grande y no es cosa pequeña, nosotros deberíamos ver que el pecado es grande y no es cosa pequeña.

Al cerrar esta lección, lo hacemos indudablemente con algo de pesadez en el alma. Me gustaría presentarte dos pensamientos para meditar en esta solemne verdad. Primero, recuerda que esta pecaminosidad y miseria no es algo que simplemente pertenece a otras personas. Nos pertenece a ti y a mí. Esto describe tu estado y mi estado, si no confiamos en Cristo. Esta es realmente una mala noticia. No importa si somos ricos o pobres. No importa dónde vivamos en este mundo. Este es nuestro estado: en pecado. Esta es nuestra mala noticia. Como muchos han dicho, nuestra mala noticia es peor de lo que imaginamos. Nuestro pecado es mucho más pecaminoso, nuestra miseria es mucho más miserable de lo que la mayoría entiende, y necesitamos darnos cuenta de que es nuestra.

Y segundo, comprendamos esto: A menos que el remedio en el que ponemos nuestra esperanza re a toda nuestra pecaminosidad y a toda nuestra miseria, entonces no es un verdadero remedio. Muchas personas han puesto su esperanza en remedios parciales. Algunos buscan en

los deportes y los amigos, otros buscan en la educación y el aprendizaje. Otros más buscan en las drogas y los placeres pecaminosos, mientras que otros confían en su propia vida moral. El problema con cada uno de estos es que ninguno de ellos responde realmente al problema completo. Ninguno de ellos nos alivia plenamente de nuestra pecaminosidad y nuestra miseria.

Pero amigos, hay algo bueno que recordar en medio de esta pesadez. Hay un remedio. Hay una verdadera respuesta a toda nuestra pecaminosidad, a toda nuestra miseria. Nos regocijamos de que la Palabra de Dios nos haya revelado esa esperanza de salvación que está en la provisión de un Salvador y la salvación que nos viene por medio de Él. Y es a esto a lo que comenzamos a prestar nuestra atención en las siguientes lecciones. Y al hacerlo, que Dios nos bendiga para ver no solo nuestra necesidad de tal Salvador, sino que, oh, que nos bendiga para confiar en Él para nuestra salvación.

### *Palabras de cierre*

Gracias por ver esta conferencia sobre el Catecismo Menor de Westminster. Confiamos en que hayas aprendido mucho de la instrucción proporcionada. Únete a nosotros en oración para que estas conferencias sean una bendición abundante para personas en todo el mundo.